

UNA MISION CIENTIFICA EN LOS ALBORES DE LA REPUBLICA

Por: ALFREDO D. BATEMAN

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 50, Volumen XIV
Segundo Trimestre de 1956*

H

abiendo muerto Caldas, víctima del Pacificador Morillo, pagando con la vida su adhesión a la causa patriota, las observaciones astronómicas y los estudios del clima y de los fenómenos meteorológicos se abandonaron completamente, tanto en Santafé de Bogotá como en otros lugares, donde Caldas había logrado despertar afición a los estudios físicos y donde se habían emprendido labores de investigación merced a la influencia ilustrada del gobierno virreinal.

Este abandono perduró hasta 1823, en que llegó al país la Misión de Boussingault, a la cual nos referimos en seguida.

Con fecha 1º de mayo de 1822, don Francisco Antonio Zea se dirigió en París al Barón Cuvier solicitando su apoyo para la contratación de una misión científica que debía venir a Colombia a fundar establecimientos consagrados al estudio de la naturaleza, *«absolutamente necesario»*, decía uno de los considerandos de la ley que aprobó en julio del año siguiente el contrato hecho por Zea, *«para el adelantamiento de la agricultura del país, sus artes y comercio, que son las fuentes productoras de la felicidad de los pueblos»*.

Desgraciadamente los legisladores de 1823 olvidaron la magna labor realizada en tiempos de la Colonia por la Expedición Botánica de Mutis, ya que estamparon en el mismo párrafo estas palabras ignorantes e injustas *«que han sido ignoradas en estas regiones opulentas las ciencias naturales, por una consecuencia precisa de la pésima administración de su anterior gobierno»*.

Las diligencias de Zea, en que intervinieron a petición suya, además de Cuvier, otros tan ilustres en la ciencia como Humboldt y Arago, fueron coronadas con el éxito. La comisión quedó integrada por cinco jóvenes de primer orden, dos de los cuales habrían de alcanzar luego celebridad mundial: Juan Bautista José Dieudonné Boussingault, químico francés.

Mariano de Rivero, un joven peruano, alumno entonces de la Real Escuela de Minas de Francia.

Justino María Goudot, naturalista francés.

Francisco Desiré Roulin, médico francés, y James Bourdon, entomólogo.

Como Zea había hecho las gestiones para esta expedición científica, siguiendo instrucciones del Libertador, Humboldt interpuso su amistad con Bolívar recomendando a su bondad a *«dos jóvenes sabios cuya suerte y éxito le interesaban»*. Se refería a Boussingault y a Rivero, quienes a pesar de su juventud se distinguían por sus talentos y saber, siendo notables químicos y mineralogistas.

En octubre de 1822 se encontraba lista la misión, y siguiendo instrucciones de Zea esperaron en Amberes el barco de guerra que el representante de Colombia había comprado para nuestra marina, el que debía traer elementos para el ejército. El de mayor edad en la expedición era Roulin, tenía veintiséis años (había nacido en Rennes en 1796) y al cual acompañaban su esposa Manette Blin y su hijo Luisito, de corta edad.

Tras de algunas aventuras en el viaje marítimo, ya que la tripulación trató de amotinarse, llegaron los viajeros a La Guaira sesenta días después de su salida de Europa.

Boussingault y Rivero tomaron por tierra el camino de Caracas a Santafé, con parte de los instrumentos *«algunos de los cuales habían sido regalados por Humboldt, y otros habían sido numerados a buril por la mano misma de Arago»*.

Entre tanto Roulin, con su esposa e hijo y el fraile Scarpetta, franciscano que venía en calidad de capellán, se dirigieron a Ocumare, donde se reunía una flotilla de guerra que debía marchar a órdenes del comodoro Daniel para concurrir al ataque de Puerto Cabello.

De Ocumare a Santa Marta, escoltados a ratos, a veces abandonados por las unidades de la flotilla de Daniel, los viajeros pasaron muchas angustias y sinsabores, aumentados en los esposos Roulin por haber sido atacado su hijo por la difteria durante la travesía.

Llegados a Bogotá se encontraron en situación crítica, pues las difíciles circunstancias por las cuales atravesaba el Gobierno, hicieron que las promesas hechas y firmadas en Francia quedaran casi reducidas a la nada.

Rivero trajo a Bogotá una colección mineralógica, libros de ciencias naturales, instrumentos físicos y astronómicos y laboratorios; creó una escuela de minas y organizó un gabinete de mineralogía.

Boussingault regentó cátedras de mineralogía y química y adquirió experiencia como viajero en diversas exploraciones científicas.

El médico Roulin dio lecciones de fisiología y de anatomía comparada y contribuyó activamente a acopiar objetos dignos del museo que el Gobierno resolvió fundar.

Goudot formó ricas colecciones zoológicas, y Bourdon se distinguió en trabajos de entomología. Las primeras cátedras de química y mineralogía que la República creó en Bogotá, fueron regentadas por Boussingault y por Rivero; ellos y el médico Roulin fueron en fecunda expedición científica a las riberas del Meta.

Humboldt recomendó al ex-Marqués de San Jorge, don José María Lozano, a Boussingault y a Rivero, y el gran señor los atendió con gran magnificencia en su casa, inmediata al puente de Lesmes, donde tributaba culto a la memoria de don Jorge Tadeo Lozano, sacrificado por los pacificadores en 1816, y quien fundó en las postrimerías de la Colonia, las primeras cátedras de química y de mineralogía, en el histórico Colegio del Rosario.

Boussingault hizo en el Observatorio Astronómico observaciones meteorológicas, y datos que recogió como químico y agrónomo constituyeron en América los primeros pasos de la brillante carrera del afamado naturalista.

Estas observaciones, junto con las hechas por Rivero y Roulin, se publicaron en Europa por Ferrussac, y después fueron reproducidas por el General Joaquín Acosta en su obra *Viajes científicos a los Andes*

Ecuatoriales (1849) y complementadas por Rivero en sus Memorias científicas publicadas en Bruselas en 1857.

Roulin, Goudot y Bourdon trabajaron con ardor en el progreso de las ciencias. Los botánicos colombianos Francisco Javier Matiz y Juan María Céspedes acompañaron a los profesores extranjeros en varias expediciones con el fin de aprovechar las lecciones y las prácticas de los naturalistas.

Un médico venezolano, Francisco A. Orta, también formó parte del grupo de viajeros; y más tarde, en el retiro del hogar, describió la región equinoccial de América. «*Habiendo —dice— tenido el honor de acompañar a los señores Mariano de Rivero y J. B. Boussingault en un viaje por la cadena oriental de los Andes, presencié todos los trabajos que ejecutaron*».

Orta dejó inédita su labor; se debió al doctor Manuel Ancízar la publicación del discurso preliminar en *El Zipa*, de Bogotá, en 1878.

Roulin dedicó sus ocios al dibujo, del cual tenía una antigua afición, logrando también entradas pecuniarias por este aspecto. Hizo un perfil de Bolívar. Se cuenta que habiendo empleado varias semanas en hacer el retrato ecuestre de un rico señor, el día que envió, lleno de ilusiones, la obra concluida a casa del cliente, recibió por respuesta un caballo con una esquila que terminaba así: «*Que había pensado primero pagar al pintor tan hábil, pero que al fin de aquellas agradables sesiones donde se había hecho poco a poco amigo de toda su familia, pensaba que le era del todo imposible enviarle una suma de dinero sin ofenderle. Por tanto, tenía el gusto de ofrecerle como obsequio el caballo que figuraba en el cuadro*».

En 1824 el Gobierno resolvió enviar a Roulin, Boussingault y Rivero, a los llanos orientales con el fin de conocer de manera exacta el curso del Meta y la posición astronómica de su confluencia con el Orinoco, fijando la latitud, que no había sido indicada por Humboldt. Vueltos a Bogotá con las inevitables fiebres, ya en el año siguiente, Roulin fue a inspeccionar las minas de Supía y Marmato, haciendo allí algunos dibujos necesarios. Se le encargó de trabajos de inspección en Muzo y Zipaquirá.

La misión científica comenzó a desintegrarse con la ida de Rivero. Esta misión, una de las mejores escogidas entre las que se han contratado en Europa para el servicio de nuestra juventud, nada dejó positivo.

A su llegada a Bogotá el Congreso había dictado las medidas conducentes a hacer provechosa la permanencia de Boussingault y sus compañeros. El Ejecutivo dictó un decreto reglamentando el Museo y la Escuela de Minas que iba a fundarse, decreto en el cual hoy mismo sorprende la sabiduría del programa de estudios, en que, circunstancia curiosa, aparece la geometría descriptiva, cuya enseñanza hacía muy poco tiempo se había iniciado en Francia. En la Gaceta de Colombia se publicó hasta el nombramiento de los profesores, la designación de la casa en que debía funcionar la escuela y se había fijado el día 10 de enero de 1824 para comenzar tareas.

Empero nada se hizo. Oigamos a este respecto al ilustre escritor don Tomás Rueda Vargas:

«¿Por qué no se hizo nada? Es muy extraño. Estaba al frente del Gobierno el General Santander, a quien no se puede negar el fervor con que se ocupó, aun en tiempos más calamitosos, de lo que entonces apellidaban la difusión de las luces. Los numerosos colegios que él fundó por aquella misma época en diversas ciudades de la Gran Colombia, subsisten hoy y han trabajado sin interrupción, durante más de un siglo, merced en gran parte a las sólidas bases que les dio Santander y a las precauciones de que los rodeó para su futuro desarrollo. Las palabras de la ley de 28 de julio de 1823 y del decreto de 26 de noviembre del mismo año, significan una comprensión completa y amplia del problema, y aun traducen un ferviente entusiasmo por la idea. Hasta se creó un impuesto especial para el sostenimiento del Museo y de la Escuela. Las dificultades de la guerra, que en la Nueva Granada y en Venezuela habían amainado, no son suficientes para haber detenido la mano de quien acometió siempre empresas de aliento en el orden educativo. ¿Acaso influyó el desprestigio en que cayó el señor Zea en esos momentos con motivo del asunto del empréstito? Es muy posible. La dureza con que, le tratan a este propósito congresistas y gobernantes, pudo alcanzar, como es frecuente entre nosotros, a todo lo que de su mano viniera. Y me parece evidente que el hombre que dio vida e impulsó la idea de la misión científica, que debía reanudar en Colombia la labor de la expedición botánica, fue don Francisco Antonio Zea, discípulo de ella y testigo del imponderable valor de su trabajo. Todo en esta vida tiene nombre y apellido, y todas las empresas humanas requieren el calor del entusiasmo de un ser que las acompañe y las impulse. Se resienten las obras de los golpes y contragolpes que experimentan sus creadores. ¿Qué mucho que a la misión de Boussingault cubriera la sombra que eclipsó la fama y la influencia del señor Zea?».

«Angustia pensar cuánto se perdió con el fracaso de aquella misión, y lo que hubiera sido para el porvenir de Colombia el injerto de la ciencia europea traído a su juventud en el momento más propicio, por hombres llenos de vigor y de conocimiento, y angustia más aún, pensar que éste no es un caso aislado en la historia de la cultura de un país en donde se bota inteligencia como quien bota plata».

Boussingault nació en París el 2 de febrero de 1802, estudiando en la escuela de minas de Saint Etienne, cuando vino a Colombia. En 1827 regresó a Francia, encargándose de la cátedra de química de la Facultad de Lyon, y en 1829 fue trasladado como catedrático de Agricultura del Conservatorio de Artes y Oficios, cargo que desempeñó hasta su muerte en París el 11 de mayo de 1887.

En 1839 fue elegido miembro del Instituto, y el departamento del Bajo Rin lo eligió representante suyo en la Asamblea Constituyente (1848), figurando entre los republicanos templados. A la caída de la República se retiró de la política.

El resultado de sus investigaciones físicas y químicas en agricultura, fisiología vegetal y economía rural figura en las obras *Economie rurale* (París, 1844), *Agronomie, chimie agricole et physiologie* (París, 1851-1856), y *Essai de statistique chimique des etrés organisés* (París, 1841).

Sus trabajos en colaboración con Dumas versaron sobre química metalúrgica y principalmente sobre química agrícola y fisiología vegetal, acerca de cuyas materias practicó estudios sobre las aguas pluviales, sobre la determinación de la riqueza en ázoe y ácido fosfórico de los abonos, sobre el valor nutritivo de los forrajes, trabajos que le colocaron en primera línea entre los agrónomos del siglo XIX.

Vivió algún tiempo en sus posesiones de Bechibronn (Alsacia) para estudiar los resultados de sus ideas técnicas llevadas a la práctica; allí aplicó por primera vez el análisis químico a los problemas agrícolas, principalmente a los abonos y a los pastos, experiencias por las que se le llamó el Padre de la Agronomía. Figuró entre los miembros fundadores del Institute National Agronomique, de París, en el patio de honor del Conservatorio de Artes y Oficios se le erigió un monumento (1895), obra del escultor Dalou.

Además escribió; *Mémoires de chimie agricole et de physiologie* (París, 1854), *La fosse á fumier* (París, 1858), y *Eludes sur la transformation du fer en acier par la cementation* (París, 1875).

Mariano Eduardo de Rivero, matemático, naturalista y químico peruano, nació en Arequipa a fines del siglo XVIII y murió en París en 1857. Comenzó sus estudios en Inglaterra, pasando luego a París, donde, después de brillantes cursos con célebres maestros, logró entrar en la Escuela Real de Minas en 1818.

Después de concluidos sus estudios en dicho establecimiento, se trasladó a Alemania, residiendo largo tiempo en Frieberg con objeto de estudiar aquel importante distrito metalúrgico. Allí descubrió un

nuevo mineral, que llamó Hum-boltina (en honor de Humboldt), y escribió su primer trabajo científico sobre la explotación y amalgamación de los minerales de plata, publicado más tarde en el Perú en su notable obra sobre las ciencias naturales *Memorial de Ciencias Naturales*, revista que se publicó mensualmente en Lima.

Por aquella misma época dio a conocer en Europa el salitre de Tarapacá (nitrato de sosa), materia que constituyó desde entonces uno de los ramos más importantes de la exportación peruana.

Hizo una excursión a España descubriendo en los alrededores de Madrid la magnesia silicatada, y en varios puntos de la Península abundantes yacimientos de piedra litográfica.

Trasladado a París se unió con Boussingault y Roulin para venir a Colombia, donde permaneció tres años.

Haciendo catorce años ya que 110 veía a su familia, se separó de sus compañeros de la Misión y se trasladó al Perú. Bolívar, que le tenía gran estimación, lo nombró Director General de Minas y de Instrucción Pública del Perú, nombramiento que luego le fue confirmado por el Presidente General La Mar. Llegó a Lima a fines de 1825, consagrándose a sus trabajos e investigaciones científicos.

Asociado con Nicolás de Pierola, publicó el *Memorial de Ciencias Naturales*, en el cual consignó sus numerosas observaciones y nivelaciones barométricas, sus Memorias sobre los minerales de Pasco, Puna y Lampa, sobre las aguas sulfurosas, ferruginosas y salinas de Yura, Tingo, Jesús y Sabandio, y sobre otros puntos de interés práctico.

Después de la revolución de 1829 fue destituido de sus cargos refugiándose en Chile; regresó al Perú en 1830, siendo nombrado director del Museo de Historia Natural y de Antigüedades, cargo que desempeñó hasta 1845, en que fue nombrado Prefecto del Departamento de Junín. En 1851 aceptó el Consulado General en Bélgica, y su estancia allí le dio ocasión de publicar la hermosa obra que le ha dado reputación universal, sus *Antigüedades Peruanas*.

Algún tiempo antes de su muerte, y no obstante el precario estado de su salud, consiguió publicar en Bruselas dos gruesos volúmenes que contenían la mayor parte de sus trabajos científicos, industriales y estadísticos sobre Colombia, Perú y Chile, guardando en lo posible el orden cronológico, adornados con varias de sus cartas geográficas, geológicas y topográficas.

Fue miembro de gran número de corporaciones científicas, entre las cuales pueden citarse la Sociedad Filomática y la de Ciencias Naturales de París; la de Anticuarios, de Dinamarca; las de Geología, de París, Londres y Estados Unidos; las de Agricultura, de Francia, Bélgica, Chile, etc.

En cuanto a los otros tres miembros de la Misión Científica, pocos datos poseemos: del doctor Roulin se sabe que a su regreso a Francia fue nombrado Secretario del Instituto; de Goudot, que permaneció varios años en Bogotá donde montó una farmacia bajo los principios de la química; de Bourdon no poseemos ninguna noticia.

BENITO OSORIO

Después de desintegrada la Misión de Boussingault, fue confiado el Observatorio Astronómico (1827) al doctor Benito Osorio, quien nació en Santafé en 1792, muriendo en la misma ciudad en 1848. Cursó Literatura y luego Medicina en el Colegio Mayor del Rosario y coronó su carrera profesional poco antes de estallar la guerra de la Independencia.

El año de 1811, hallándose ausente de la capital el real catedrático de medicina, doctor Vicente Gil y Tejada, deseando el doctor Osorio que no se suspendiese la enseñanza de la medicina, se opuso a la cátedra y obtuvo el nombramiento de catedrático, concedido por el Claustro del Colegio del Rosario. Desde aquel año se dedicó a la enseñanza de la medicina, la cual tuvo que interrumpir en 1812 por causa de los sucesos de la guerra magna. En 1814 abrió nuevamente la cátedra, pero los complicados sucesos políticos que tuvieron lugar en aquel año lo obligaron a suspender indefinidamente las lecciones. A fines de 1819, venciendo grandes dificultades, pudo abrir un curso de anatomía, materia sobre la cual hizo presentar a sus discípulos un lucido examen público.

Durante la guerra de la Independencia prestó desinteresados servicios al ejército patriota. Desde 1811 fue médico del *Batallón de Artillería*, por cuyo motivo tuvo que sufrir, en 1816, cuando las autoridades españolas ocuparon la capital, continuas y exageradas persecuciones. Cuéntese entre ellas, la necesidad en que se vio de prestar sus servicios profesionales en el hospital militar español, sufriendo la despótica autoridad del doctor Reguera, Inspector de hospitales del ejército expedicionario.

En 1817 fue nombrado por el gobernador militar Sámano, miembro de una Academia de Medicina creada por orden del gobierno de España, primera corporación de esta clase que existió en nuestro país, y la cual terminó su vida en agosto de 1819, como consecuencia de la batalla de Boyacá.

Apenas organizada la República, el Gobierno se ocupó en dictar disposiciones sobre instrucción pública. Cuéntase entre ellas el nombramiento del doctor Osorio como catedrático de medicina en el Colegio del Rosario. Dos años después fue llamado a servir otra cátedra de medicina recientemente creada en el Colegio de San Bartolomé. En el año de 1826 fueron incorporadas las citadas cátedras de la Universidad Central de Bogotá, y en consecuencia, el doctor Osorio hizo, desde dicho año, parte del cuerpo de profesores de aquel Instituto, del cual fue nombrado rector algún tiempo después.

Fue, además, por largos años, médico del hospital militar, que el Gobierno de la República creó con el nombre de *Santa Librada*, en el edificio de *Las Aguas*, o sea en el mismo local en que había servido como *practicante en medicina*, en el tiempo en que existió el hospital militar.

También fue por varios años médico de la casa de expósitos.

Desde 1827 formó parte de la Facultad Central de Medicina, ocupando elevados cargos allí, entre otros, miembro del Consejo de Examinadores de la Universidad. Formó parte también, en el mismo año, con los doctores Manuel María Quijano y José F. Merizalde, de una junta que redactó y publicó una Memoria sobre la vacunación.

Escribió, en asocio del doctor Andrés M. Pardo, un Tratamiento de las úlceras. En 1828 publicó *Las observaciones atmosféricas que formó en el año de 1827*, en que estuvo al frente del Observatorio Astronómico, en la cual están escrupulosamente anotadas las variaciones termométricas, la dirección de los vientos y las enfermedades reinantes en cada mes del citado año.

BENEDICTO DOMINGUEZ

En el año de 1828, el Gobierno anexó el Observatorio al Museo y nombró como director de ambos institutos al señor don Benedicto Domínguez.

Descendiente de la noble familia de los marqueses de Surba (uno de los dos títulos nobiliarios que hubo en el Nuevo Reino), nació don Benedicto Domínguez del Castillo en Santafé de Bogotá en el año de 1783.

Después de haber hecho estudios serios en el Colegio de San Bartolomé, obtuvo diploma de abogado de los Tribunales del Gobierno colonial, pero no estando su carácter e inclinaciones con las diarias ocupaciones del foro, abandonó esta carrera y ocupó los mejores años de su vida en estudiar idiomas, algunas ramas de las ciencias naturales, y muy especialmente astronomía, ciencia en la cual llegó a

adquirir tan sólidos y sobresalientes conocimientos que mereció el no común honor de ser elogiado por el sabio Caldas, quien dijo en el Semanario (tomo II, p. 176): «*Don Benedicto Domínguez, que hace todos los días progresos en el cálculo y en el estudio de la Astronomía, ha sido mi colaborador; y este joven inteligente ha dado mucha parte de los resultados que vamos a presentar*».

Organizada la Expedición Botánica en Santafé, Domínguez ingresó a ella en calidad de astrónomo. Hizo sus estudios de Matemáticas en la Escuela de Ciencias Físicas y Matemáticas que dirigió don Bernardo Anillo, primer ingeniero que vino a Santafé. Es curioso recordar que en dicha escuela se matriculó con su nombre completo, Benedicto Domínguez del Castillo; contra nombre tan largo protestó el señor Anillo y resolvió llamarlo en adelante Benedicto Domínguez «*para simplificar*».

Como es obvio, Domínguez colaboró en el Semanario de Caldas, donde corren publicados varios de sus escritos.

Iniciada la revolución de la independencia tomó parte en ella, llegando a ser Alcalde de Bogotá en 1814, en reemplazo de don Luis Tobar, y en asocio de don José Carpintero. En el sitio de Bogotá por Bolívar, tuvo el encargo de vigilar el movimiento de las tropas de la unión desde el Observatorio, lo que realizó en compañía de Francisco Urquinaona y de don Miguel Tobar. Tomada Bogotá fueron hechos prisioneros, y la soldadesca destruyó algunos de los libros, instrumentos y dibujos que allí se guardaban.

Verificada la reconquista española, fue obligado a comparecer ante el Pacificador Morillo en 1816. En aquel tiempo de terror, ser llamado por el sanguinario jefe expedicionario, era principiar el camino del presidio, del destierro o del patíbulo. El doctor Domínguez obedeció la orden sin mucha tranquilidad de ánimo, temiendo mal resultado. Satisfizo, como mejor pudo, las numerosas preguntas que le hizo el General Morillo, y ya cuando creyó terminado el interrogatorio, tuvo que contestar a la siguiente:

«*¿Es usted abogado?*».

Sabedor Domínguez de la mala voluntad con que miraba el General español a los jurisconsultos, a quienes atribuía las revoluciones, y siendo las circunstancias críticas para él, resolvió, sin vacilación, disfrazar la verdad, y categóricamente contestó:

«*No, señor*».

«Entonces —repuso el General— me conformo con enviarlo a usted a arreglar la biblioteca».

A partir de 1813 calculó almanaques para la Nueva Granada. El primero fue el de dicho año, que imprimió José Manuel Galargaza en la tipografía del Gobierno.

Fue elegido diputado al Congreso Constituyente del Rosario de Cúcuta, cuya presidencia ocupó.

El Congreso de 1826, por una ley sobre enseñanza pública, promovió el establecimiento de una Academia literaria nacional en esta capital, con veintiuna sillas, que se llamó Academia Nacional de Colombia, asociación que por causas complejas dejó de reunirse apenas creada, sin producir fruto alguno. Ella fue restaurada en 1832, tiempo en que se presagiaba venturoso porvenir para el país, con el nombre de Academia Nacional de la Nueva Granada, a fin de que fuese centro de luz científica y literaria en la República, misión que en verdad no llenó tal corporación. La Academia eligió director, después de organizada, al doctor José Manuel Restrepo, pero siendo sus miembros, casi en la totalidad, empleados públicos, no concurrieron sino a pocas sesiones y dejaron morir aquel instituto destinado a *«establecer, fomentar y propagar el conocimiento y perfección de las artes, de las letras, de las ciencias naturales y exactas, de la moral y de la política»*.

Fueron miembros de la Academia, entre otros, Jerónimo Torres, Estanislao Vergara, José Joaquín García, José María Triana y Benedicto Domínguez, quien había pertenecido también a la Academia de la Gran Colombia.

Dijimos arriba que habiendo anexado el Gobierno el Observatorio al Museo, nombró a Domínguez Director de ambos Institutos, cargos que desempeñó hasta 1832, en que fue reemplazado por el Coronel Joaquín Acosta. Habiéndose ausentado éste en 1837, Domínguez volvió al Observatorio hasta 1839, en que regresó Acosta a ocupar nuevamente este cargo. No hay dato algunos acerca de los trabajos que realizó en tal puesto.

Por los años de 1835 Domínguez, asociado a otras personas, estableció una fábrica de papel en la hoy carrera primera (a espaldas de Las Aguas), pero no obstante sus esfuerzos fracasó en el empeño, viéndose obligado a paralizar los trabajos, y él mismo, al referir las múltiples causas que influyeron en el cierre de la fábrica, decía: *«Perdí \$ 25.000, casi lo único que poseía, por querer HACER PAPEL»*.

Sus costumbres puras y trato afable, su generosidad reconocida, la rectitud de su carácter y sus conocimientos científicos le dieron elevada y merecida posición social. Falleció en Bogotá el viernes 15 de octubre de 1868, a la avanzada edad de 85 años cumplidos.

El doctor Eduardo Posada, en su Bibliografía bogotana, cita varios almanaques de Domínguez, del primero de los cuales, el correspondiente a 1813, se tiene noticia por un documento que reposa en el archivo nacional, el que dice así:

«Santafé... 1818. D. Benedicto Domínguez. Que desde el año de 1813 hasta el presente he publicado los almanaques que antes daba a la luz D. Antonio García de la Guardia, en virtud de privilegio exclusivo que para esto tenía, y que debiendo gozar del mismo para indemnizarse de algún modo del trabajo y gastos ocurre a V. E., para que se sirva concederle el mismo privilegio que al citado García, etc. Junio 26, al Sr. Asesor».

En relación con los almanaques de Domínguez, creemos oportuno reproducir la siguiente anécdota que trae Cordovez Moure en sus conocidas *Reminiscencias*:

«Los caballeros Cándido e Ignacio de la Torre, Simón de Herrera, Isidoro Laverde, Francisco E. Alvarez, Zoilo y Cecilia Cárdenas, Antonio Duque, Carlos Bonitto y algunos otros que desgraciadamente no recordamos, obsequiaron a la sociedad bogotana, el 6 de enero de 1852, con un gran baile en la casa que hoy es propiedad del señor D. José María Urdaneta, media cuadra abajo de la Plaza de Bolívar. Fue en esta bellísima reunión donde principió a introducirse la costumbre de arreglar tocador con objetos de repuesto para las señoras que pudieran necesitarlo. No los tocaron.

«Contribuyó a amenizar la fiesta la coincidencia de que en el almanaque calculado para ese año por el anciano astrónomo don Benedicto Domínguez se anunciaba un eclipse total de luna para el día siete del mismo mes a la una de la mañana; pero los antiguos alumnos del Colegio Militar, entre los cuales se contaban don Manuel Ponce de León y don Indalecio Liévano, sostenían que el fenómeno tendría lugar el día 6. Una tremenda cohetada en el Observatorio anunció el triunfo de los nuevos astrónomos, y todos los asistentes al baile gozaron de ese magnífico espectáculo no previsto en el programa».

JOAQUIN ACOSTA

El día 29 de diciembre de 1800 nació en Guaduas este ilustre ciudadano, último vástago del matrimonio de don Josef de Acosta, natural de Denia, en el reino de Valencia, y de doña Soledad Pérez, de Guaduas, hija de don Buenaventura Pérez, hombre acaudalado.

Acosta tuvo cinco hermanos y hermanas mayores, con los cuales y su madre vino a vivir a Santafé en 1802, donde don José compró una casa en la plazuela de San Francisco (hoy Plaza de Santander), a fin de atender a la educación de sus hijos.

Viuda doña Soledad en 1803, consagró todos sus desvelos a cumplir con los deseos de su marido, colocando a sus hijos mayores Domingo y Manuel, en el Colegio del Rosario, entre tanto que Joaquín tuviese la edad apropiada.

Doña Soledad tenía un hermano sacerdote, el doctor Andrés Pérez, hombre patriota e ilustrado, que tomó parte activa en la revolución de la independencia, llegando a tomar asiento en el primer Congreso de Cundinamarca. Doña Soledad y sus hijas eran realistas. De tal modo Acosta se crió en una atmósfera contradictoria, oyendo hablar en pro y en contra de la naciente república, pero inclinándose siempre en favor de las opiniones de su hermano Domingo y de su tío Andrés, a la sazón cura de Usme, a cuyo lado solía pasar varias temporadas.

Una vez colegial del Rosario, Acosta se entregó con entusiasmo a la causa de la Independencia, y como hubiera ya muerto su madre (en 1818), después de Boyacá, se presentó al Libertador, quien lo nombró Subteniente de infantería en el Batallón Cazadores, que debía obrar sobre el Cauca.

A despecho de sus tutores y de los llantos de sus hermanos, partió de Bogotá el 4 de septiembre de 1819. Desde muy niño acostumbró llevar un diario de sus actividades, anotando allí sus observaciones, haciendo cortas descripciones de las poblaciones que encontraba en su camino, del aspecto de los lugares y paisajes, del curso de los ríos, de las bellezas y curiosidades naturales que encontraba, estudios éstos que luego profundizó y le sirvieron de mucho en la obra que escribió y en el dibujo que hizo del mapa de la Nueva Granada.

Estando a órdenes del Coronel Cancino, en el Chocó (1820), éste necesitó enviar una persona inteligente a la isla de Providencia, para que informase al Almirante Aury de lo ocurrido en el interior del país, negociase ciertos tratados y consiguiese con él algunos elementos de guerra de que se carecía en el Chocó; para esta delicada misión fue escogido Acosta, quien partió de Murry el 20 de

febrero de 1820 y cumplió con su cometido a satisfacción de su jefe. Durante el tránsito tuvo la ocasión de estudiar a los indios del golfo de Urabá y apuntar las sinuosidades del río Atrato. Por último, después de haber tomado parte en varios hechos de armas importantes y ayudado al Gobernador del Chocó en todos los ramos de la administración, después de visitar las minas de esa región y enviado importantes memoriales al Gobierno central de Bogotá, regresó a su hogar, a fines de 1822, llamado a la capital por el General Santander, quien deseaba emplearlo como oficial de una de las Secretarías de su Gobierno.

Acosta tenía merecida fama entre la juventud bogotana por su amor al estudio y a las ciencias, así como por su patriotismo. Pero él aspiraba a viajar a Europa, a fin de adelantar estudios de ingeniería militar y de ciencias naturales.

El Gobierno no solamente le concedió permiso para ello sino que también le pagó su sueldo como Capitán. El viaje lo hizo a su costa, y las rentas de la herencia de su padre le habían de alcanzar para vivir cómoda, aunque no lujosamente, en París.

Salió de Bogotá el 11 de octubre de 1825, visitó los Estados Unidos, y en unión de otro joven, el Capitán Vicente Roche, cuñado del General Joaquín París, llegó a Francia en febrero de 1826.

En París encontró a varios compatriotas y amigos, tales como don Rafael Ayala, don Pedro Herrera, el Coronel Narváez (comisionado del Gobierno colombiano), el señor Tobar, don Rafael Alvarez, García del Río y otros.

Como llevase cartas de recomendación para el Barón de Humboldt, apenas llegó a París se presentó a él, siendo recibido con mucho gusto por el sabio viajero, quien recordaba haber vivido en Guaduas en casa de don José de Acosta.

Humboldt lo relacionó con los sabios más notables de la época: Francisco Arago, Mariscal Marmont, Duque de Ragusa, Laplace, Jussier, Poisson, Gay Lussac y otros.

Acosta se dedicó inmediatamente al estudio de las ciencias, asistiendo a las clases de física, de Bertrand y de Gay Lussac; de matemáticas, de Duhamel y de Ampère; de química, de Thenard; de literatura, de Andrieux, de historia, de Danou, etc. Al mismo tiempo visitaba monumentos públicos, asistía a saraos y recepciones; concurría a los teatros, etc., y hasta tomó clases de chino con M. Julien.

En aquella misma época entabló una sincera amistad con el escultor David d'Angers, quien le obsequió después con su medallón hecho en bronce, cuya fotografía adorna la Secretaría de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional.

A fines del verano, al cerrarse las clases, resolvió cumplir con uno de sus más ardientes deseos: visitar a Italia, Por otra parte, en Boma estaba de Secretario de la Legación de Colombia ante el Sumo Pontífice, su hermano Domingo, a quien hacía años no veía. Al comenzar agosto partió de París, visitando Suiza, Milán, Venecia, Ferrara, Bolonia, Ancona y Loreta, y llegando finalmente a Roma, donde permaneció casi un mes, visitando además a Nápoles, y regresando a fines de noviembre a París. Todo este viaje está descrito en sus diarios.

En París encontró a don José Fernández Madrid, en cuya casa conoció al célebre poeta Olmedo, a la sazón Ministro de la República de Bolivia.

Asistió luego a las lecciones de medicina que dictaba el famoso doctor Orfila; se perfeccionó en el arte de la esgrima, y además asistió a las clases de literatura de Villemain y a las de ingeniería de Puissant. Concurría a los recibos en la casa de Lafayette, donde trabó amistad con Tracy, Benjamín Constant, J. B. Say, Augusto Comte, el novelista americano Fenimore Cooper, el célebre orientalista E. Klaproth, el italiano Botta, etc., y sostuvo interesantes conversaciones con Humboldt, las que detalla en su diario, acerca de Bolívar, Nariño y otros hombres importantes de América.

Los meses de verano de 1828 los ocupó ayudando al Coronel Puissant al levantamiento del plano del Departamento del Sena y Oise.

En 1830 estaba en Londres a la muerte de Fernández Madrid. Presenció y aun tomó parte en la Revolución de Francia de 1830, que acabó con el reinado de los Borbones.

Al cabo de cinco años de ausencia pensó en regresar a su patria, embarcándose el 2 de septiembre de 1830 en el buque llamado Enrique IV, que hacía la travesía entre el Havre y Nueva York. Entre sus compañeros de viaje estaba la familia inglesa Kemble, con quien trabó amistad, y al llegar a Nueva York se comprometió con una de las señoritas, con quien casó dos años después.

Hasta principios de diciembre permaneció en Nueva York, embarcándose en un bergantín con rumbo a Cartagena, teniendo como compañeros de viaje a la viuda de Fernández Madrid, quien traía los restos de su esposo, y quien venía acompañada de varios miembros de su familia.

El día 22 de diciembre llegó frente a Cartagena. Dice en su diario:

«Al entrar en la bahía de Cartagena el Capitán nos hizo notar que un gran buque, que parecía inglés, tenía la bandera a media asta,, lo cual, dijo, prueba que debe haber muerto alguna persona importante. A poco oímos que desde las fortalezas disparaban un cañonazo cada cuarto de hora. Pensamos que quizás serían solemnes funerales que hasta entonces le hacían en Cartagena al Mariscal Sucre, o que había muerto en la ciudad algún ciudadano importante. A medida que avanzábamos veíamos dibujarse con mayor claridad los bastiones de la ciudad y levantarse los palmares, lo que le da un aspecto oriental. De repente se nos acercó un bote.

«¿Quién ha muerto?», pregunté a dos negros que venían dentro...

«¡El Libertaró!» contestó uno.

«¡Aguante, Juan Francisco!», exclamó el otro abordando el bergantín, y momentos después aquellos nuestros oscuros compatriotas saltaban sobre cubierta; eran los prácticos.

«¡El Libertador ha muerto!» exclamamos todos cuando el dolor y la sorpresa nos permitió hablar. Aquellas tristes palabras dichas por un negro casi salvaje fueron las primeras que oímos al llegar a la patria después de tantos años de ausencia».

Tras un viaje largo y trabajoso por el río, mitad en vapor y mitad en canoa, llegó Acosta a Guaduas en marzo de 1831. El 30 de junio fue nombrado miembro suplente a la Convención que debía reunirse en octubre de aquel año. Entretanto arregló sus negocios particulares, y a principios del año siguiente partió para los Estados Unidos a casarse en Nueva York, siendo su padrino el General Santander, quien regresó con él, siendo ya Presidente electo de la recién fundada República de la Nueva Granada.

A su regreso a Bogotá fue nombrado Director de los caminos de la Provincia, miembro fundador de la Academia Nacional, catedrático de química de la Universidad, al mismo tiempo que continuaba en su carrera militar, como Capitán de medio batallón de Artillería.

En 1834 fue elegido miembro a la Cámara de Provincia y al año siguiente diputado al Congreso, cargo que desempeñó de allí en adelante casi todos los años, excepción de las épocas en que permaneció en el exterior.

En junio de 1835 el jefe político de Bogotá le pasó una nota de la Secretaría de lo Interior en la cual le pedían informes acerca de los límites territoriales de la República, diciéndole que aquello no sería difícil a quien tenía tantos conocimientos geográficos e históricos. Parece que el Gobierno tenía deseos de determinar los límites de la provincia con el objeto de presentar al Congreso de 1836 el censo general de la República, el que dio como resultado una población de 1.686.038 almas.

En el mismo año Acosta fue nombrado redactor de El Constitucional de Cundinamarca, en unión del señor Francisco de P. López Aldana, del doctor Francisco de P. Orbegozo, del señor Lorenzo M. Lleras y del doctor Florentino González, a quienes tocaba por turnos redactar en una semana.

En 1832 fue nombrado Director del Museo Nacional, así como del Observatorio Astronómico y del Laboratorio Químico, sucediendo en estos cargos, como antes dijimos, a don Benedicto Domínguez. Cinco años dirigió Acosta estas instituciones hasta 1837, en que los volvió a entregar a Domínguez.

El Museo había sido fundado por la ley de 28 de julio de 1823, dictada por el Primer Congreso Constitucional de Colombia, y funcionó hasta 1837 en la antigua casa de la Expedición Botánica (hoy esquina NW de la calle 8a con carrera 7a), de donde se trasladó en ese año a una pieza de la Secretaría de lo Interior y de Guerra.

Durante el tiempo en que Acosta estuvo a cargo del Observatorio practicó algunas observaciones meteorológicas.

La Cámara de Provincia dispuso que se estableciera en Bogotá, en 1834, una Sociedad de Educación Primaria, con el objeto de propagar la instrucción elemental. Aquella filantrópica asociación se reunió con escogido personal y coadyuvó al fomento de la instrucción rudimentaria. La presidieron don Joaquín Mosquera y don Vicente Azuero, y fueron sus secretarios don Joaquín Acosta y don Pastor Ospina.

La administración del General Santander tocaba a su fin, y llegó el momento de elegir nuevo Presidente. Tres candidatos se presentaron: el General José María Obando (apoyado por el General Santander), el doctor Vicente Azuero (candidato de los liberales avanzados, que luego se llamaron radicales), y el doctor José Ignacio de Márquez (proclamado por los liberales moderados, los cuales fueron después el núcleo del partido conservador). Acosta, a pesar de ser amigo personal del General Santander, se sustrajo a su influencia, rechazó la candidatura de Obando y trabajó activamente en favor del doctor Márquez, quien fue electo Presidente de la Nación.

Santander se manifestó muy quejoso con la defección de sus antiguos amigos y escribió a su ahijado Acosta manifestándole sus sentimientos. Acosta le contestó una magnífica carta explicándole su actuación.

Desde entonces las relaciones entre Santander y Acosta se enfriaron, pero nunca se cortó la amistad que los unía.

Acosta hizo dejación del cargo de Director del Observatorio en noviembre de 1837, en que fue nombrado Ministro de la Nueva Granada en el Ecuador, poniéndose en marcha con su familia en diciembre, siguiendo la misma ruta que siguiera en sentido inverso trescientos años antes el Conquistador Belalcázar. En Quito encontró como Presidente a su antiguo amigo don Vicente Rocafuerte, uno de los hombres más ilustrados de la América española.

Acosta supo captarse la buena voluntad de los ecuatorianos, de manera que al cabo de muchos años aún lo recordaban con aprecio cuantos lo habían tratado en Quito. En 1839 regresó a la Nueva Granada, embarcándose en Guayaquil rumbo a Buenaventura y viniendo a Bogotá por la vía del Quindío.

Al regresar a Bogotá volvió a encargarse de la dirección del Museo y del Observatorio, cargos que desempeñó siempre sin remuneración alguna; nombrado nuevamente diputado al Congreso tuvo ocasión de combatir con la palabra, como luego lo hizo con las armas la insurrección encabezada por el General Obando, a quien se juzgaba por el asesinato del Mariscal Sucre, ocurrido nueve años antes en Berruecos.

El 4 de octubre de 1840 Acosta pronunció, el discurso de reglamento para abrir los estudios de la Universidad Nacional, y en seguida, deponiendo la pluma, ingresó de nuevo al ejército, siendo nombrado Teniente Coronel, marchando a Honda con el entonces Coronel Posada a preparar la campaña del sur. Mandaba el batallón número 10, y fue el primero en llegar a Cartago.

Después de marchar a Antioquia con una columna bajo su mando, Acosta regresó al Cauca y en los alrededores de Cali obtuvo el triunfo de La Chanca, que contribuyó eficazmente a la victoria del Gobierno y a la completa derrota de Obando.

En seguida marchó con una columna hacia La Plata, sometiendo al indio Ibitó y estudiando el terreno, por recomendación del Gobierno con el objeto de trazar un camino de herradura entre Popayán y La Plata.

Concluida la revolución, Acosta regresó a Bogotá, donde le comunicaron su nombramiento de Coronel efectivo, y pocos días después, en abril de 1842, fue nombrado Encargado de Negocios ante el Gobierno de los Estados Unidos. En junio llegó a Washington y arregló ventajosamente todos los asuntos pendientes, regresando a Bogotá a principios de 1843, ingresando poco después al Ministerio del General Herrán como Secretario de Relaciones Exteriores, cartera que desempeñó hasta el fin de aquella administración, en marzo de 1845, celebrando durante este tiempo tratados importantes con varias potencias extranjeras.

En medio de sus ocupaciones políticas y militares, Acosta no olvidó las ciencias, reuniendo al mismo tiempo obras, manuscritos, etc., que debían servirle para escribir la *Historia del descubrimiento y conquista de Colombia hasta los siglos de la Colonia*. Además, en su casa, que era escogido centro social, donde se reunía lo mejor de la época, estaban las mesas cubiertas de periódicos extranjeros y de libros recientemente publicados en los centros civilizados del mundo.

Acosta tenía un hermoso telescopio con el cual los aficionados a la astronomía podían escudriñar los cielos, y se complacía en explicarles los fenómenos que columbraban; así como un pequeño museo de objetos indígenas y de mineralogía y geología, que contentaba la curiosidad de los extranjeros cultos.

A fin de completar su documentación para la Historia resolvió viajar a Europa, y en especial a España, tan pronto terminó la administración Herrán. Quiso escribir esta obra en París, así como publicar su mapa de la Nueva Granada (el primero que se hizo), y atender a la educación de su única hija, luego doña Soledad Acosta de Samper, que era la última de su nombre que quedaba en el país, pues los hermanos de Acosta no se casaron.

En abril de 1845 inició su viaje; primero estuvo en los Estados Unidos, donde dejó a su esposa e hija al lado de sus parientes, y siguió a España, donde estudió los documentos que necesitaba. Al cabo de un año se reunió con su familia, estableciéndose en París. Allí, al mismo tiempo que atendía a la obra de historia, traducía y anotaba las Memorias de Boussingault, acerca de la historia natural de Colombia, las que hizo publicar en París, junto con nueva edición del Semanario, de Caldas, con una nueva introducción y notas escritas por él. En 1847 publicó el mapa de la Nueva Granada, y al año siguiente vio la luz su Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada,

obra que fue muy bien acogida por los sabios europeos, aunque en su patria poco caso se le hizo por la efervescencia política que en 1848 agitaba todos los ánimos.

En medio de aquellos trabajos, Acosta no abandonaba sus estudios científicos y asistía diariamente a uno o más cursos de geología, astronomía, botánica, etc.; reanudó sus antiguas relaciones con los sabios Suhamel, Jomard, Dumas (el químico), los Brongniart, los Jussieu, Elie de Beaulieu, Milne-Edwards, Michel Chevalier, Humboldt, Michelet y otros.

Después de haber presenciado la caída de Luis Felipe en 1848 y concluida su tarea, regresó a la Nueva Granada en 1849, con intención de alejarse de la política y vivir en Guaduas, donde aún conservaba a un hermano y una hermana.

No bien se hubo establecido en Guaduas, el Gobierno comenzó a darle comisiones científicas. En 1850 estuvo en la Provincia de Vélez, inspeccionando unas minas; luego pasó al Tolima, y a fines del año bajó a examinar el canal de La Piña, la fortaleza de Bocachica (con el objeto de establecer allí una penitenciaría), y las tierras baldías de Cartagena y de Santa Marta. El Gobierno de López lo nombró Inspector del Colegio Militar, cargo que renunció, habiéndosele ofrecido varias cátedras, que tampoco aceptó. En una visita que hizo a Bogotá dictó gratuitamente lecciones de geología, que se imprimieron con sus grabados, y regaló varias obras y aparatos químicos al Colegio del Rosario y al Hospital de Caridad.

Los acontecimientos políticos culminaron con la revolución de 1851. Aunque hizo todo lo posible para no tomar parte en ninguno de los bandos contendientes López, que tenía gran confianza en él, lo llamó al servicio activo, y como militar se vio obligado a obedecer.

Su salud, que jamás había sido fuerte, y que estaba minada por su espíritu activísimo, que no le dejaba reposo a ninguna hora, acabó de quebrantarse en las últimas campañas, lo cual, unido a su preocupación por la situación de la Patria, lo acabó de debilitar.

Estando en Guaduas en enero de 1852, encalló, en las cercanías de Conejo, en el río Magdalena, el vapor de este nombre, con valioso cargamento. Tan pronto lo supo Acosta reunió a muchos de sus arrendatarios y con ellos hizo una expedición a Conejo por vías desiertas y fragosas, a fin de salvar al vapor, logrando ponerlo a flote, salvando su cargamento. Pero allí contrajo una fiebre muy aguda que dio fin a su vida, en su ciudad natal, el 21 de febrero de 1852.

Dice José María Samper:

«Acosta se distinguió en lo moral, por varias cualidades del mayor aprecio. Era hombre de incorruptible probidad, y tan severo para consigo mismo en asuntos de interés, que llevaba hasta la nimiedad el rigor de sus cuentas, comprobantes y notas justificativas de sus actos. Generoso y desinteresado por extremo, jamás hizo mayor caso de los bienes de fortuna, que sacrificaba en mucha parte; trataba con suma benevolencia y liberalidad a los inquilinos y arrendatarios de sus casas y sus tierras; era franco y obsequioso con sus amigos, para quienes su casa estaba siempre abierta; y filántropo y sencillo, pasó su vida en gastar sumas considerables en viajes, publicaciones y trabajos científicos que le produjeron honra pero no dinero, y en hacer útiles donaciones para servicios públicos».

Al morir legó a la Biblioteca Nacional la parte más valiosa de su biblioteca, acopiada con mil trabajos y gastos en Europa y América; dejó varias donaciones para premiar a los alumnos del Colegio del Rosario y de las escuelas de Guaduas.

